

del imperio, no se ocupó más que de la salvación de las colonias cristianas de Asia.

Una nueva dieta fué convocada en Ratisbona, en la que el obispo leyó una carta de San Bernardo dirigida á los fieles: « Hermanos míos, decía el santo orador de la Cruzada, es preciso que os hable del negocio de Cristo, del que depende vuestra salvación. Mi intención al escribiros, es dirigirme á todos, yo lo haría con más gusto de viva voz, si tuviese la fuerza para ello, así como tengo el deseo... Hermanos míos, he aquí el tiempo en que Dios nos llama á su servicio para salvarnos... El universo se ha conmovido, ha temblado porque el Dios del cielo ha empezado á perder la tierra en la que vivió, y en la que pasó como hombre más de treinta años entre los hombres... Si nadie no se opone, los infieles van á caer sobre la ciudad del Dios vivo, para destruir los monumentos de nuestra redención... Y vosotros, hombres esforzados, vosotros, servidores de la Santa Cruz ¿ qué haceis? entregareis las cosas santas á los perros y las perlas á los cerdos? ¿ Permitiréis á los paganos hollar con sus plantas los Santos Lugares libertados por la espada de vuestros padres?... Y vosotros, que os ocupáis en reunir los tesoros de este mundo ¿ desdeñaréis los tesoros celestiales que se os ofrecen? Tomad la cruz, y obtendréis el perdón de todas vuestras faltas... Escoged de entre vosotros jefes guerreros y entendidos á fin de que la victoria os acompañe: en la primera expedición, antes de la toma de Jerusalén, uno llamado Pedro, del que habéis á menudo oído hablar, conducía solo á todos cuantos se habían levantado á su voz, y los unos perecieron de hambre, los otros por la espada: que Dios os guarde de semejante desgracia ».

En la dieta de Ratisbona, una multitud de príncipes y de prelados prestaron juramento de defender la herencia de Cristo. Los más caros intereses, las más tiernas afecciones no pudieron detener á los príncipes y á los caballeros en su patria. Federico, sobrino del emperador, que había tomado la cruz, no se dejó arrastrar por las lágrimas de su anciano padre, el duque de Suabia, que murió de dolor á pesar de los consuelos de San Bernardo. Un grito de guerra se dejó oír desde el Rhin hasta el Danubio. La Alemania devastada largo tiempo por las revoluciones, encontró en todas partes guerreros para la santa expedición. Hombres de todas condiciones obedecían la voz del predicador de la guerra santa, y seguían el ejemplo de los reyes y de los príncipes. « Cosa admirable, dice Otón de Freisingen; se vieron acudir ladrones y bandoleros que hacían penitencia y juraban verter su sangre por Jesucristo. Todo hombre razonable, añade el mismo historiador, testigo del

cambio obrado en ellos se veía la obra de Dios y no dejaba de estar menos sorprendido.

Eran los alemanes tan fáciles de persuadir, que al acabarles de hablar el abate Claraval, no obstante que lo hizo en lengua extranjera, se volvieron convencidos de la verdad y de la santidad de sus discursos. La vista del reverenciado predicador parecía dar un sentido maravilloso á cada una de sus palabras. Los milagros que se le atribuían y que él hacía, dice Otón de Freisingen, *ya en secreto, ya en público*, eran como un lenguaje divino que entusiasmaba á los más indiferentes y persuadían á los incrédulos. Los pastores y trabajadores abandonaban los campos para seguirle en las aldeas y en las ciudades; así que él llegaba á una ciudad todos los trabajos se suspendían. La guerra contra los infieles y los prodigios por los cuales Dios prometía su protección á los soldados de la cruz, era el solo interés, el único negocio del clero, de la nobleza y del pueblo. San Bernardo recorrió todas las ciudades del Rhin desde Constanza hasta Maestridet; en cada ciudad, dicen las antiguas leyendas, devolvió la vista á los ciegos y el oído á los sordos; curaba á los cojos y á los enfermos; y se hablaba de treinta y seis milagros que había hecho en un solo día; á cada prodigio proclamado por el sonido ó toque de la campana, la multitud exclamaba: *Jesucristo, ten piedad de nosotros: todos los santos socorrednos*. La casa en que el abate de Claraval se dignaba entrar, era reputada por dichosa; todo lo que él había tocado parecía conservar algo de santo; los que debían ir al Asia se gloraban de tener una cruz bendecida de sus manos ó formada de una tela ó ropa que él hubiese llevado, y más de una vez sus vestidos fueron hechos trizas por la multitud que le rodeaba, ansiosos de repartirse algún trozo de ellos para hacer el signo venerado de su peregrinación. La muchedumbre que se agolpaba al rededor suyo era tan grande, que un día estuvo á pique de ser ahogado y debió su salvación al emperador de Alemania que le cogió en sus brazos, le trasladó á una iglesia, y le depositó delante de una milagrosa imagen de la Virgen.

Después de haber entusiasmado á Alemania con sus predicaciones, y despertado el celo de los pueblos de Italia por medio de entusiastas y patéticas cartas, San Bernardo regresó á Francia. Durante su ausencia todo se había suspendido, y esta multitud de cruzados que la elocuencia del Santo abate había arrastrado, parecía que no tenía jefe ni dirección, pues el rey de Francia y los grandes del reino, reunido en Etampes, no habían tomado ninguna resolución. El regreso de San Bernardo reanimó el consejo de los príncipes y de los barones, é hizo preparar con un nuevo orden la expedición de la Tierra Santa. Cuando delante

de los señores y de los prelados hizo una relación de su viaje y de los prodigios que Dios había obrado por su mano, cuando habló de la revolución que había hecho tomar al emperador de Alemania, revolución que él mismo llamaba el milagro de los milagros; todos los corazones se llenaron de entusiasmo, de esperanza y de contento.

Luis VII había escrito á Rogerio, rey de Pulla y de Sicilia, y á todos los príncipes cristianos de la Europa, para anunciarles su peregrinación é invitarles á seguirle en su santa expedición. El rey había enviado al mismo tiempo diputados al emperador de Constantinopla.

En la asamblea de Etampes se vió comparecer á muchos embajadores que venían á anunciar la intención de sus príncipes de alistarse bajo las banderas de la Cruz; se leyeron cartas remitidas de los países más remotos, en las cuales se anunciaba que un gran número de señores y de barones extranjeros, preparábanse para reunirse á los franceses contra los musulmanes. Desde este momento ya no se dudó del feliz éxito de la Cruzada; y el celo que mostraban todos los pueblos de Europa fué mirado como la manifiesta expresión de la voluntad del cielo.

Entre los embajadores que asistieron á la asamblea de Etampes se notaban los de Roggerio que ofrecía á los cruzados navíos y víveres, y prometía enviar á su hijo á la Tierra Santa si se tomaba la resolución de ir por mar. El prudente consejo que los sicilianos daban á los cruzados y que acompañaban con generosas ofertas, no era de todo punto desinteresado. Algún tiempo antes de la toma de Edesa, los sarracenos de Africa habiendo hecho una invasión sobre las costas de Sicilia, habían entrado en Siracusa y la habían entregado al saqueo. Roggerio esperaba que el paso de los cruzados por sus estados le ofrecía medios para rechazar los ataques de los musulmanes ó de llevar la guerra á su territorio. Por lo demás los diputados disimulando sus temores ó esperanzas, y hablando solamente de su celo por la Cruzada, se esforzaron en probar á la asamblea que el pasaje por mar ofrecía menos inconvenientes y peligros al ejército cristiano que un viaje por tierra, atravesando un país desconocido, en el que los peregrinos tendrían sin cesar que luchar contra el clima y el hambre; contra las agresiones de muchas naciones bárbaras, y sobre todo contra la perfidia de los griegos.

Deliberóse sobre las proposiciones del rey de Sicilia, y sobre el itinerario que se debía seguir para llegar á Palestina.

Mientras que Francia y Alemania tomaban las armas á la voz de los predicadores de las Cruzadas, la palabra de Dios no permaneció estéril en muchas comarcas de la Italia. Los habitantes de los Alpes y de las

riberas del Ródano, los pueblos de la Lombardía y del Piamonte, se preparaban para la Guerra Santa, y debían acompañar al conde de Maurienne, tío materno de Luis VII y al marqués de Monferrato. Los flamencos habían acudido en tropel á alistarse bajo las banderas de la Cruz, y seguían al conde de Thiéri que ya en la primera peregrinación á Jerusalén se había distinguido por su valor contra los infieles. La Cruzada fué predicada con el mismo éxito en el reino de Inglaterra. Los cruzados ingleses se embarcaron en los puertos de la Mancha, y se dirigieron á las costas de España. Rogerio de Hoveden observa que estos guerreros partieron con espíritu de humanidad y que á esto se debe que sobresaliesen mucho más que los que acompañaban á los reyes y príncipes.

Al aproximarse su marcha, Luis VII se dirigió á San Dionisio para tomar el famoso oriflama que los reyes de Francia hacían llevar delante de ellos en las batallas. La iglesia de San Dionisio estaba entonces decorada con gran magnificencia: entre los monumentos históricos que allí figuraban había los retratos de Godofredo de Bouillón, de Tancredo, de Raimundo de Saint-Gilles, y las batallas de Dorilea, de Antioquia y de Asealón, que dibujadas en las vidrieras del coro debieron fijar las miradas y la atención de Luis y de sus compañeros de armas. El rey, prosternado al pie de los altares, imploró la protección del santo apóstol de la Francia y la de sus piadosos antepasados, cuyas cenizas reposaban en el mismo lugar. El Papa, que había venido á San Dionisio, puso de nuevo el reino bajo la salvaguardia de la Religión, y presentó á Luis VII el zurrón y el palo, signos de su peregrinación. Después de esta ceremonia Luis se puso en marcha acompañado de la reina Leonor y de gran parte de su corte y entre las aclamaciones del pueblo, cuyas súplicas se elevaban al cielo por su expedición contra los infieles y sobre todo por su dichoso regreso al seno de sus vasallos.

Luis VII se había ido al Oriente por el mismo camino que el emperador Conrado, y halló en Constantinopla mejor acogida que este príncipe, y el ejército francés logró recibir víveres del emperador Manuel, y llegó sin dificultades á Nicea, donde supo los desastres del ejército alemán. Luis VII se decidió entonces por correrse hacia el mar, y llegó hasta la ciudad de Atalia en Sicilia; la falta de víveres y los continuos ataques de los turcos le habían hecho perder la mitad de su ejército. Se embarcó allí con los señores principales y una buena parte de sus tropas, y se fué por mar á la Palestina, donde Conrado había ya llegado. Pero los socorros que él llevaba al rey Boduino III eran insuficientes. La expedición dirigida contra la ciudad de Damasco fué completamente desgra-

ciada. Los dos soberanos no permanecieron mucho tiempo en la Palestina: el reino de Jerusalén quedó abandonado á sus propias fuerzas; debió su salvación á los socorros que le prestaron las órdenes y las poderosas ciudades de Venecia, Génova y Pisa.

Después de la partida del emperador y del rey de Francia, estalló una guerra entre Boduino III y su madre Melisenda; ésta se vió obligada á renunciar el poder que había ejercido en nombre de su hijo; pero las luchas intestinas debilitaron el reino de Jerusalén, hasta el punto de no poder resistir ya á los turcos. Nuredino se hizo dueño de Damasco, cuyo sultán había hecho nuevamente alianza con los cristianos; hizo después la conquista de Telbachers, y se apoderó de la parte más importante de las posiciones del príncipe de Antioquía, atacado al mismo tiempo por los griegos. Rainaldo de Antioquía se vió obligado á reconocer la autoridad del emperador Manuel. Boduino III perdió hacia el fin de su reinado las comarcas situadas al este del Jordan, que fueron conquistadas por Nuredino, y dejó el trono á su hermano Amauri, conde de Jafa.

En Egipto estalló una guerra, pasando la autoridad de los califas fatimitas á manos de sus visires, y retardándose con este motivo la caída del reino de Jerusalén por algún tiempo. Nuredino y Amauri, tomaron una parte muy activa en este suceso, y este último, que se distinguía por su valentía, estuvo á punto de hacerse dueño de Egipto, cuando fué vencido por las armas y por las intrigas de su poderoso adversario. Saladino, que había acompañado al Egipto á su tío Chinkuk, general de Nuredino, llegó á ser nombrado visir por el califa del Cairo y gobernó el Egipto con entera soberanía, después de la muerte del último califa Aded-Ledinillah. Nuredino y Amauri murieron y un vasto campo se abrió á la vista del joven Saladino.

Boduino IV, hijo de Amauri, era de edad de trece años á la muerte de su padre, y se hallaba atacado de la lepra oriental, enfermedad que le hacía incapaz de gobernar. Hizo casar á su hermana mayor, Sibila, con el conde Guillermo de Monferrato, y muerto éste dos años después, Boduino obligó á su viuda á que se casara con Guido de Lusignan. Pero los señores del reino de Jerusalén no quisieron respetar la autoridad de Guido, y el país cayó en una completa anarquía.

Saladino se aprovechó muy bien de esta anarquía. Ya había arrancado al hijo de Nuredino la herencia paterna, llegando á reunir bajo su cetro el Egipto, la Siria, una parte de la Palestina y la Mesopotamia: su autoridad era reconocida desde el Nilo hasta el Tigris. Guido de Lusignan, se hizo coronar después de la muerte de Boduino V, hijo

de Guillermo de Monferrato y de Sibila, y fué sostenido por la orden de los Hospitalarios. Saladino intervino desde luego en esta guerra en favor de Conrado, pero después atacó el reino de Jerusalén y aniquiló al ejército cristiano en la sangrienta batalla de Tiberiades. Marchó entonces contra la ciudad de Jerusalén y la tomó por capitulación. Los cristianos no conservaron más que algunas ciudades marítimas de la Palestina, de donde también hubieran sido arrojados por Saladino, si una nueva cruzada no hubiese detenido el curso de las conquistas de este príncipe.

La toma de Jerusalén por los musulmanes despertó en Occidente el celo por las Cruzadas. Los tres soberanos más poderosos, el emperador Federico Barbarroja, Felipe Augusto, rey de Francia, y el rey de Inglaterra, Enrique II, tomaron la cruz; su ejemplo fué seguido por multitud de caballeros y señores, é inmensa muchedumbre de personas de todas clases de la sociedad; más bien fué ésta una emigración de los pueblos de Occidente hacia el Oriente. Desgraciadamente los resultados no respondieron á estos inmensos esfuerzos; la mayor parte de las expediciones aisladas que partieron de casi todos los países de Europa para la Palestina, se desgraciaron antes de llegar á aquel país. Sin embargo, tres grandes ejércitos se pusieron en pie de combate en Alemania, Francia é Inglaterra. El emperador Federico I partió el primero; gracias á las acertadas medidas que él había tomado y á la buena disciplina que había en todo su ejército, llegó al Asia Menor sin experimentar pérdidas de consideración. El sultán de Iconio, que atacó al ejército imperial de improviso, fué derrotado y su residencia tomada por asalto; no obtuvo la paz sino mediante una fuerte suma de dinero. Federico había llegado hasta la Sicilia, y Saladino en persona acababa de pedirle negociaciones, cuando una súbita muerte se llevó al emperador en medio de sus victorias; pereció en el río Calicadúo, que deseaba pasar á caballo y á nado. El ejército se desbandó entonces, y la mayor parte de los señores se volvieron á Europa. El duque Federico de Suabia, sobrino del emperador, tomó el mando; pero no pudo llevar á la Palestina más que un pequeño ejército de cinco mil hombres. Se presentó en el campamento de los cristianos á la vista de Acón, uno de los puertos más importantes de la Palestina. Pero el sitio de esta ciudad se fué prolongando á causa de las disensiones que reinaban entre los sitiadores, consecuencia de la rivalidad de Guido de Lusignan y de Conrado de Monferrato, y de la que existía entre los caballeros de la orden de los Hospitalarios y de los Templarios. Los caballeros del ejército alemán fundaron entonces una tercera orden militar, que tomó el nombre de orden Teutónica.